

reptil, que parecía dormido, empezó á retorcerse; pero el indio, con su robusta mano, impedía que se apartase de la llama de la hoguera. Biautex colocó una güira pequeña al lado de la hoguera, precisamente en el punto donde caía la cabeza del reptil, y éste empezó á vomitar un licor viscoso.

El butio entonces cogió la güira, examinó el licor que el reptil había arrojado y dijo:

Anacaona, sí, vive, vive.

—Sí, vive,—contestó Biautex.

Ebria de alegría, corrió Anacaona á su palacio de Xaragua, dispuesta á mitigar la sed de venganza que sentía Guaorocaya contra los españoles.

Biautex se había equivocado.

¡Su destino lo había querido así!

Capítulo XIX.

La gruta de Cacibaxagua.

Llegó el día señalado á los caciques para asistir á la gruta de Cacibaxagua á implorar de los tzimes la inspiración de Vagoniana.

Unos á otros se habían transmitido la orden en secreto, y acudían de todas partes á la famosa gruta, aprovechando unos las noches para caminar, siguiendo otros veredas ocultas, y llevando todos consigo el temor de ser descubiertos y castigados por sus opresores.

El venerable Biautex fué el primero que llegó á la gruta sagrada.

No tardaron en reunirse muchos butios, los caciques fueron llegando, y á media noche todos estaban reunidos en torno del gran butio.

Biautex sabia el porvenir que estaba reservado á Haiti; sabia que cuantos esfuerzos hicieran los indios para libertarse de la dominacion de los españoles aumentarían sus desdichas, pondrían en evidencia la esterilidad de sus deseos, y anhelaba, no poner fin á aquel estado de cosas, porque sus pecados le parecían imposibles de redimir, sino ofrecer resignacion á aquellos desgraciados para que soportasen con ménos dolor su amargura.

Guaorocaya, al romper las cadenas que le aprisionaban, corrió al albergue de Biautex, porque era desconocido de los españoles.

Allí le expuso sus deseos, la sed de venganza que le devoraba y su resolucion formal de libertad á su patria ó de perecer.

Guaorocaya gozaba de gran crédito entre los indios.

Nadie dudaba de su valor.

Su fuerza de voluntad, su energia, eran admiradas por todos.

Con una indicacion suya intentarían los indios un golpe desesperado; esto exacerbaría los ódios de españoles y el mal se agravaría.

Biautex buscó un medio solemne de apaciguar á Guaorocaya.

Por eso dió la órden á los caciques de que fueran á la gruta.

Por eso engañó á Anacaona.

Verdadero padre de los haitianos, los engañaba por su bien.

En medio de la oscuridad que reinaba en Cacibaxagua, resonó la voz de Biautex.

—Va á decidirse nuestra suerte,—exclamó.—Vagoniana nos escucha. Formulad cada cual vuestras quejas; indicad los motivos que os inspiran el ódio hácia los opresores; referid los ultrajes que os han hecho, y los tzimes tutelares, comunicando vuestras quejas á Vagoniana, implorarán de su inmensa sabiduria el consejo que debemos seguir.

En seguida mandó traer una tea encendida.

—Hablad,—añadió,—y si despues de oiros y de arrojar tres veces al suelo esta tea no se apaga, será señal de que Vagoniana nos manda sufrir con paciencia y resignacion el cautiverio. Si se apaga nos mandará luchar, y en ese caso de aqui partiremos todos dispuestos á morir ó á vencer.

Los caciques hablaron.

Guaorocaya fué el primero que con negros colores trazó el cuadro de la desolacion que pesaba sobre su patria.

No hubo un solo cacique que no tuviera que lamentar la violacion de sus esposas, la venta de sus hijos, toda clase de ultrajes y de infamia.

Anacaona quiso llevar la esperanza al corazon de sus hermanos asegurándoles que Caonabo vivía, y que volvería en breve á gobernarlos con la autorizacion de los reyes de España.

—Entonces,—añadió,—partirán nuestros verdugos, y aunque tributarios de los poderosos monarcas,

viviremos libres, felices, y la felicidad enjugará las lágrimas de nuestros hijos.

Ya empezaba á amanecer cuando, habiendo terminado cada cual la exposicion de sus quejas, el gran Biautex, rodeado de los demás butios, exhortó á los tzimes para que pusieran propicia á Vagoniana.

—Va á decidirse nuestra suerte.

Y arrojó por la primera vez la tea al húmedo suelo de la gruta.

Todos observaban con religioso silencio.

La tea no se apagó.

Volvió de nuevo á levantarla.

Todos deseaban que se extinguiese aquella luz, porque era la señal de que Vagoniana les mandaba luchar.

La tea volvió á levantarse en seguida.

Quedaba la última prueba.

—Cúmplase la voluntad de Vagoniana,—exclamó Biautex.

Y arrojó por tercera vez la tea al suelo.

Un rumor sordo de consternacion se escapó de todos los lábios.

La tea ardía.

—Ya lo veis,—exclamó Biautex;—Vagoniana, irritada por nuestras culpas, quiere que suframos aún con paciencia la esclavitud. Por ella alcanzaremos más tarde el premio de la libertad. Ahora volved á vuestras tareas con mi bendicion y continuad sufriendo. Vagoniana lo quiere.

Los caciques se alejaron entristecidos.

Los butios les siguieron, mostrando la resignacion en el rostro.

Anacaona llevaba la esperanza en el corazon.

Guarocaya abrigaba un siniestro plan.

—Si es preciso desobedecer la voluntad de Vagoniana,—se habia dicho,—la desobedeceré. Yo no consiento la opresion de mis hermanos.

Y partió á los estados de Higüey, dispuesto á comunicar á los ciguayos la sed de venganza que ardia en su pecho.

Al dia siguiente de esta solemne escena, anunciaron á Anacaona la llegada de Ovando á su palacio de Xaragua.